

supremo de ella, bastan para penetrar la profundidad de las cosas en que se entrelazan nuestros destinos. Llamados á un fin sobrenatural, necesitamos una luz sobrenatural para tener de él un pleno conocimiento, y si esta luz nos falta, no entrevemos ya lo que somos sino por presentimientos oscuros, tales como se encuentran en los sabios de la antigüedad. Parecemos en esto á un aeronáuta que se esforzara en traspasar el aire en que respiramos con el solo auxilio del aire.

Lo mismo sucede con la virtud. Si la naturaleza encerrase todos nuestros derechos y todos nuestros deberes, es claro que nos daría con ellos la fuerza de cumplirlos. Pero habiendo sido colocada nuestra alma entre el mundo de los cuerpos y el mundo divino, tocando al primero por los sentidos y al segundo por la gracia, no tiene en esta contrapeso suficiente para los atractivos que la solicitan de la parte inferior. La gracia misma llega á faltarle, porque se ha separado de ella voluntariamente en cuanto la oleada impura de la materia sube al foco del alma y derrama en él sin obstáculo un lodo pesado y corruptor. No hay duda que la levadura generosa que en ella reside no se destruirá enteramente; pero será cubierta, y la virtud arrojará difícilmente vástagos imperfectos, casi siempre deshonorados por pasiones vergonzosas. ¿Quién de nosotros no ha conocido bellas naturalezas á quienes faltaba solo la fe? Al verlas, nacia el amor por sí mismo, y una alegría del corazón nos revelaba la presencia y el encanto del bien. Pero si la confianza ó la fama nos han hecho descender mas adelante en el misterio de estas criaturas escogidas, ¿con qué doloroso respeto no hemos tocado en ellas á heridas tanto mas sensibles, cuanto que derramaban una sangre mas preciosa? La historia de los mejores hombres que ha producido el paganismo ha quitado el velo á la profunda miseria del hombre, que no es iluminado con una luz superior á la razon y purificado al contacto de un elemento divino. Ninguno de ellos hay de que no haya tenido que ruborizarse la sabiduría humana por alguna parte, y esta revelacion de su vida, por incompleta que sea, justifica esta palabra terrible de un hombre célebre: « Si fuera preciso elegir entre ser conocido enteramente ó desconocido enteramente, no habría hombre que no prefiriera ser enteramente desconocido. » No es Pascal quien ha dicho esto, podríais creerlo así y yo me limito á desengañaros. Una sola clase de hombres no tiene nada que temer de que esparza en su vida una claridad total, y son los santos, es decir, aquellos cuya naturaleza ha sido sostenida y transformada por la gracia. Estos pue-

den mirarse hasta el fondo, como esas aguas límpidas que cubren una arena pura, y en que la vista no descubre nada que le repugne. Rescatados de las manchas de la materia, si las sintieron alguna vez, librados de las revueltas del egoísmo, unidos á Dios del cual han hecho el principio de todos sus actos y de todas sus alegrías, los santos deslizan su vida en un honor invisible hasta ese día supremo en que caerán todos los velos, los velos del alma con los velos del cuerpo, en que no quedando oculto nada, aparecerá el hombre de la gracia tal cual es conocido de Dios en la casta desnudez de una conciencia intachable.

Queda otro elemento de la vida humana, por donde acabaréis de ver porqué necesita la naturaleza de la gracia aun en las operaciones de la naturaleza. No habiendo recibido el hombre mas que un fin, que es Dios, esta vocacion infinita ha abierto necesariamente en él un abismo que solo Dios puede llenar. Y cuanto mas se ha acercado Dios á él, y mas ha derramado en su alma, por medio de la gracia, las primicias y las arras de una plena posesion, mas tambien el abismo que contiene al hombre y que es el hombre mismo, se ha engrandecido inefablemente; en vano arroja en él la naturaleza su inmensidad, porque á lo mas causa la ilusion de una piedra que cae en un lago; el lago la recibe, se estremece y subsiste. Así una vez llamado y visitado el hombre por Dios, aunque le desconozca ó le olvide, permanece triste y absorto, víctima de un mal cuyo origen no conoce, y á que llama melancolía. Los antiguos lo han conocido, y Virgilio lo ha expresado divinamente en este verso que ninguna lengua traducirá jamás:

*Sunt lacrymæ rerum, et mentem mortalia tangunt.*

No obstante, falta mucho para que este misterioso veneno haya producido en su alma el efecto que produce en la nuestra. La antigüedad no habia visto á Dios, no habia oido el Evangelio, ni hablado á la cruz; la naturaleza era para ella mas grande y mas profunda que para nosotros.

Para nosotros, cristianos bautizados, alimentados con la sangre de un Dios, espectadores de su muerte, en una vida que no ha cesado, nos han venido al alma tormentos que no podemos definirnos á nosotros mismos que los sentimos. Apenas diez y ocho primaveras han abierto nuestros años, cuando sufrimos deseos que no tienen por objeto ni la carne, ni el amor, ni la gloria, ni nada que tenga una forma y un nombre. Errante el jóven en el secreto de las soledades, ó en las espléndidas encrucijadas de las ciudades célebres, se siente

oprimido de aspiraciones sin objeto; aléjase de las realidades de la vida como de una prision en que se ahoga su corazon, y pide á todo lo que es vago é incierto, á las nubes de la tarde, á los vientos del otoño, á las hojas caidas de los bosques, una impresion que le llene lastimándole. Pero es en vano; las nubes pasan, los vientos callan, las ojas se descoloran y se secan sin decirle porqué sufre, sin satisfacer á su alma mejor que las lágrimas de una madre y las ternuras de una hermana. *Oh alma*, diria el profeta, *¿por qué estas triste y por qué te turbas? Espera en Dios* (1). Dios es, en efecto, lo infinito que se remueve en nuestros corazones de veinte años tocado por Cristo; pero que se han alejado de él por descuido, y en los cuales no obteniendo ya su efecto sobrenatural la uncion divina, levanta no obstante las olas que debia apaciguar. Hasta en nuestros dias ya emblanquecidos, nos vuelven estos sacudimientos de otro tiempo, esas apariciones melancólicas que los antiguos creían ser patrimonio del genio, y de que han dicho: *Non est magnum ingenium sine melancolia*. El alma, debilitándose por intervalos, se vuelve dolorosamente sobre sí misma, vuelve á descender á las riberas de su juventud para buscar en ella sus lágrimas, y no pudiendo llorar ya, como entonces se alimenta un momento de su amargo y gozoso recuerdo.

Tal es el hombre, grande por su predestinacion, inferior por su naturaleza. De donde proviene, que si la naturaleza permanece sola en él, no basta para darle la felicidad, como no basta para darle toda la verdad y toda la virtud de que necesita. Esta singular situacion no ha dependido de un capricho de Dios; está en la esencia misma de las cosas y se explica por una palabra muy corta: el hombre no puede ser infinito, y no obstante está llamado á gozar de lo infinito.

Aquí hallaréis, señores, el secreto de vuestro propio tiempo: tiempo doloroso que solo puede curar el cristianismo, y cuyas heridas es no obstante el cristianismo quien las agranda. Y en efecto, si comparamos las revoluciones de la antigüedad con aquellas de que somos testigos, observaremos en ellas una gran diferencia de profundidad. Las doctrinas no hacian papel alguno en los conflictos interiores de los antiguos pueblos: el imperio sucedia á la república, Vespasiano á Vitelio. Una legion decia una palabra al Oriente, otra decia una palabra al Danubio ó al Rhin; el Senado,

(1) Salmo 42, vers. 5.

considerando cuál era el mas fuerte, adoptaba al nuevo Emperador y le saludaba con el nombre de Eternidad. Era la eternidad del dia hasta la del dia siguiente. Y así se continuaba de cambio en cambio ese ciclo vulgar de la ambicion de algunos en lucha con los vicios de todos. Hoy subsiste la ambicion y tambien los vicios; pero las revoluciones toman su origen mas arriba, en ideas generales de que se hace la causa del espiritu humano, y las generaciones no se conmueven sino á este precio. Lo que les conmueve es el error ó la verdad, y aun cuando se engañan, tienen el honor de haber sido seducidas por un pensamiento. ¡Tanto ha elevado el cristianismo al hombre sobresí! Por esto, señores, las revoluciones modernas, siendo doctrinales, no acabarán como las de la antigüedad, por un hombre ó un accidente; no concluirán sino por una doctrina. Ahora bien, solo el cristianismo es una doctrina; solo él posee la autoridad que manda y la caridad que persuade; solo él ha conocido, comprendido, anunciado la vocacion sobrenatural del hombre; solo él la ha sacado de tierra y llevado hácia Dios; solo él tiene el depósito de la palabra divina en profecías justificadas por la historia, y el depósito de la gracia en sacramentos probados por virtudes de que son el origen; solo él resiste á la efusion del mal, y el mal no es tan grande sino porque ataca al cristianismo, su único enemigo. Vosotros, pues, que sois cristianos, sabed toda la importancia de vuestra mision en el siglo espantado de que formais parte. Se nos habla de orden, y vosotros sois el orden. Se nos habla de paz, y vosotros sois la paz. Se nos habla de porvenir, y vosotros sois el porvenir. Se nos habla de salvacion, y vosotros sois la salvacion. Porque el orden, la paz, el porvenir, la salvacion en naciones formadas por Jesucristo, no pueden salir mas que de una doctrina que contenga toda la verdad, toda la virtud, toda la plenitud de que necesita el hombre; y solo el cristianismo responde á estas condiciones. Aplicáos, pues, para hacerle conocer y hacerle amable: sembrad el Evangelio en las desgracias públicas. Él germinará en ellas tarde ó temprano, y si no recogemos nosotros mismos la mies, al menos la habremos preparado para una posteridad mas afortunada que nosotros.